

# SERGIO HERNÁNDEZ

## LA LETRA HERIDA



CONTRALUZ

SERGIO  
HERNÁNDEZ  
La letra herida

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Sergio Hernández, 2024. Autor representado por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A. 2024)

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-20-8

Depósito legal: M. 13.630-2024

Printed in Spain

*Para los que sufren la enfermedad de los libros,  
en cuyos ojos el mundo se proyecta  
como una herida abierta*



Corrió por las vías de la estación con la mano ceñida al vientre a través de una noche a la que nadie se había atrevido a mirar a los ojos. Sus pasos, torpes y a destiempo, hicieron estallar los charcos del suelo. Había perdido más sangre de la que creía y, si no apretaba la herida con las pocas fuerzas que le quedaban, caería rendido junto a los andenes todavía en construcción, poblados a esas horas de sombras y destellos de plata.

La desesperación le hizo echar la vista atrás: más allá del diluvio, una silueta se desplazaba entre la bruma gris que mordía la tierra, acechándolo.

—¡Quieto!

Aquella voz penitente que tantas veces lo había amenazado irrumpió una vez más en la estación maldita, pero decidió desoír sus gritos y continuó arrastrándose bajo la lluvia. Un metro primero, luego otro, y otro más, como una lenta agonía, hasta que comprendió, desalentado por las tres puñaladas que yacían en su costado, que no tenía a dónde ir: las vías se extendían ante él como un abismo sin fondo y de tierra perpetua. Resignado, se dejó caer con-

tra los surcos del asfalto, tiñéndolos desde ese momento de un escarlata que el agua habría de olvidar en las mañanas siguientes.

Allí, a ojos de la tormenta, todavía podía oír los pasos torpes de quien lo perseguía, su respiración fatigada, de fumador, y sobre todo su llanto. Un llanto desconsolado que le hizo sentir patético y vulnerable.

Buscó la mirada de aquel que le había dado muerte con la esperanza de quien ya no tiene más que perder, pero lo único que encontró fue un rostro de pupilas oscuras, maldito, a cuyas espaldas no tardaron en sumarse dos voces más, rotas como la suya y acunadas por un lamento que resonó entre los trenes dormidos al ritmo de una letanía.

Luego, las manchas de sangre que habían regado las vías se quedaron bailando sobre el agua como las flores rojas que mecen los ríos. Las tormentas de verano al fin habían comenzado.

PARTE I

*La ciudad de la luz*



La tarde en la que Miguel llegó a Valencia, una humedad pegajosa se había apoderado de la ciudad. Era agosto de 1916 y, pese al calor plomizo que lo empapaba todo de un sudor de madrugada, el cielo encendido parecía a punto de romper en tormenta. Viajaba en tren desde un pueblecito cercano a Orihuela, donde había pasado los últimos meses de su vida al cuidado de su padre, a quien la tuberculosis postró en la cama durante más tiempo del que desease recordar. Junto a él no llevaba grandes maletas ni cofres repletos de ropa. Solo un par de mudas limpias y una bolsa de cuero heredada de sus abuelos, con las pocas novelas que había podido coger de su ya de por sí escueta colección. Miguel era un hombre de letras que a sus veintisiete años no había renunciado todavía al teatro de la imaginación ni a la fábula, ni tampoco a la enfermedad de los libros. La culpa la tenía su padre, comercial de novelas de aventuras desde los dieciséis, quien lo había llevado por toda la geografía mediterránea en búsqueda del ideal de una vida digna. Aunque Miguel nunca estuvo seguro de qué era lo que eso realmente significaba, tampoco podía culparle, pues había crecido en buena cuna,

lo que le garantizó una educación digna e incluso unos breves —aunque insuficientes— años de universidad en Alicante, donde se instruyó para ser maestro de Lengua.

Pero, cuando la tuberculosis empeoró, los préstamos comenzaron a carcomer los fondos de la familia. Y tan pronto como a este le dieron sepultura, se vio obligado a vender la casa para saldar las deudas, dejando atrás todo lo que un día se había prometido ser, abocado a mancharse las manos en las fábricas o en los campos, o donde a uno le estuviese buenamente permitido trabajar.

Durante su viaje, y a través del cristal, observó los montes y las rocas, que parecían manchas borrosas en un desierto de esperanza yerma. Luego, las infinitas hileras de olivos que se dibujaban en el camino y los almendros roídos por el sol. Y, finalmente, con el cambio de provincia, los naranjos, cuyas ramas estremecía la luz con congoja. Hasta que por fin avistó a lo lejos la ciudad en la que se crio. A sus ojos de color café, Valencia era una ciudad totalmente distinta a la que recordaba. Sus calles eran recientes y estaban repletas de esquinas por descubrir, todavía sin nombre. Los edificios, ahora de varias alturas y con fachadas de todos los colores, se amontonaban los unos contra los otros. E incluso desde las afueras podía intuirse la escalera que formaban sus siluetas al rayar la claridad ocre que marcaba el final de la tarde. Valencia era un fiel reflejo de los tiempos modernos que corrían por toda Europa. Tiempos donde al hombre le estaba más que permitido soñar y donde la vida parecía suceder tan rápido que, en cuestión de unos pocos años, las grandes ciudades del mundo terminarían convertidas en las urbes industriales

que protagonizaban las novelitas que se podían escuchar en la radio<sup>1</sup>, donde todo era posible.

Pero si algo reflejaba el rumbo que había tomado la ciudad era la nueva Estación del Norte, llamada así por la Compañía de Caminos de Hierro del Norte, que, según decían, llevaba años queriendo culminar la obra de un edificio que se antojaba interminable y que, sin Miguel saberlo, habría de cambiarle la vida.

Por el pasillo desfiló una pareja que se sentó a su lado tras abrir las puertas del coche de pasajeros. Compartía su cabina de segunda clase con ellos, quienes se habían dedicado durante el trayecto a fantasear con un futuro dichoso para el hijo que esperaban. Lo sabía porque los había oído susurrarlo mientras intentaba dormir, ajeno a sus voces y al incómodo traqueteo del vagón. Miguel, que era reservado por naturaleza y muy suyo, esquivó su mirada y se fijó en el reflejo vidrioso que la ventana le devolvía, por donde apenas entraba el aire a causa del poniente. La imagen que le devolvió el cristal fue la de un hombre con barba de tres días, unas leves ojeras, fruto de haberse pasado la noche leyendo, y un pelo enmarañado y marrón a media melena, cuyas puntas rayaban el aire a la altura de sus orejas. Su nariz era fina y larga y sus pómulos se iluminaban de manera natural con los últimos destellos de luz de la tarde. Gracias a la ropa de su padre, que tenía una breve pero valiosa colección de camisas de seda de colores pardos, su aspecto

---

1 A pesar de que las primeras transmisiones radiofónicas en España datan del año 1924, por su factor sociocultural y su importancia en la trama, se ha optado por incluir en la historia este anacronismo y que la radio esté presente desde 1916. (*N. del A*)

lucía mejor de lo que cabría esperarse para alguien que en las últimas semanas lo había perdido todo.

Para matar el tiempo se había pasado el viaje leyendo el periódico de la ciudad, *El Pueblo*, que vendían en el tren por apenas cinco céntimos. No es que lo caracterizase un especial entusiasmo por la actualidad, copada de tragedias sobre la Gran Guerra, pero al menos aquellas páginas lo mantenían distraído y con la cabeza en asuntos más triviales que el duelo. Había noticias para todo, desde columnas dedicadas a los festejos taurinos hasta reportajes sobre las revueltas de los ferroviarios durante el mes de julio. En cambio, lo más comentado en los vagones contiguos fue el artículo que copaba la portada del día, mecanografiado con letra grande y a doble espacio, donde se hablaba acerca del nuevo concejal de Urbanismo, que llegaba para sustituir de urgencia a su predecesor, uno de los artífices de la nueva Estación del Norte.

Miguel había comprado aquel diario porque su fundador era el mismísimo Blasco Ibáñez, lo que despertaba en su interior la mayor de las ilusiones. Ningún otro escritor le había acompañado durante las muchas vigilias en las que cuidó de su padre, marcadas por la tos, la oscuridad y su afición incesante a las comedias de costumbres. Las páginas de las novelas de Blasco, a las que tantas veces había dormido abrazado, lo llevaban a fantasear con regresar a la ciudad donde había vivido los primeros doce años de su vida. Esa Valencia desbordante de colores, luces y olas que el mismísimo Sorolla había convertido en suya.

Aunque había nacido allí y sus primeros pasos los había dado junto al mar, no se sentía de ninguna parte. Su pasado, siempre nómada y movido por las oportunidades, le

hacía albergar una profunda sensación de desapego hacia los lugares en los que se había criado, comenzando por la ciudad del Turia y pasando por Tarragona, Blanes u Orihuela. Con todo, si algo conseguía despertar en él un sentimiento de pertenencia a Valencia era la amistad que había forjado desde su infancia con Ramón Balaguer, su primer y, posiblemente, único gran amigo.

A pesar de la distancia, ambos seguían tratándose con el mismo cariño que se profesaban los compañeros de colegio que fueron algún día. A través de sus cartas, escritas con letra trémula y torpe a lo largo de los años —a veces manchadas de vino y otras redactadas a deshora bajo la luz de una vela—, se habían mantenido al tanto de sus victorias y sus tormentos, de sus conquistas y, la mayor parte de las veces, de sus desamores. Pero, sobre todo, de cómo la vida adulta les había llevado por caminos distintos: el de Miguel, marcado en primer lugar por los libros y las aulas y, finalmente, transformado en miseria. Y el de Ramón, de familia de baja alcurnia. Un camino atravesado por la imperiosa y absurda necesidad de sobrevivir y ser amado. Por eso, mientras uno fantaseaba con enseñar a juntar letras a los adolescentes de la capital, el otro se veía obligado a buscar trabajo de lo único que sabía hacer: cargar más peso del que su espalda pudiese soportar y ser peón de obra. Y a casarse, como era costumbre, con una mujer cinco años menor que él, María, a quien solo conocía a través de los enamoradizos ojos de su amigo, que pensaba que era lo mejor que le había ocurrido en la vida. Tal vez porque no le habían pasado demasiadas cosas de las que sentirse verdaderamente orgulloso, o qui-

zás porque María sí era en realidad una mujer extraordinaria que merecía aquellos halagos idílicos y con sabor a soneto. En cualquier caso, estaba a punto de descubrirlo.

Cuando bajó del tren, Ramón Balaguer, enfundado en una camisa gris y tirantes, ya llevaba un buen rato esperándolo con los brazos bien abiertos y un pitillo a medio fumar en los labios.

—¡A mis brazos, Miguel, a mis brazos!

Su sonrisa seguía siendo la misma de la que se despidió una tarde casi quince años antes. Permanecía intacta, perfecta, llena del entusiasmo juvenil de un niño. Y su rostro, cuyo atractivo había despertado envidias desde siempre, seguía recordándole al de una vieja estrella de cine, salvo por el hecho de que comenzaba ya a evidenciar las largas jornadas que había tenido que padecer en la obra. Por lo demás, todo seguía igual: su pelo era lacio y le caía con gracia por la frente; su piel morena resaltaba a la altura de las mejillas, que quedaban marcadas por su mandíbula, de una simetría admirable, y una pequeña muesca en mitad del mentón dividía el contorno de su rostro en dos, lo que le recordó inevitablemente la tarde en la que tuvieron que llevarse a Ramón a la enfermería del colegio por andar escalando el muro del patio para espiar a las chicas.

Ambos se fundieron en un abrazo y, por un momento, Miguel sintió que ni el sufrimiento ni el duelo que había afligido su corazón en las últimas semanas importaban.

—No has cambiado nada —dijo Ramón cogiéndole la bolsa a la fuerza y señalando la escalera que los conducía hasta el exterior.

—¡Eso lo dirás tú, que sigues hecho un chiquillo!

Ambos se deslizaron entre el hollín de los trenes de mercancías y los gritos de euforia de los pasajeros, inconexos y en un espontáneo valenciano. Todavía incapaces de disimular el entusiasmo que los invadía, caminaron por todo el edificio debatiendo acerca de lo rápido que había pasado el tiempo desde la última vez que se vieron, cuando los coches solo eran una ensoñación de las revistas europeas que leían los curas en los ratos muertos de clase.

La antigua estación de la plaza de San Francisco quedaba amurallada por una afiladísima verja de hierro que se erigía sobre el mismísimo centro de la ciudad. Se trataba de la principal vía de entrada a Valencia, que todavía seguía en funcionamiento a la espera de que la nueva Estación del Norte quedase inaugurada.

Nada más salir, la mirada de Miguel, viciada a los pueblos de caminos de tierra, voló rápidamente por toda la calle. Enfrente vio el parque de Emilio Castelar, una gigantesca glorieta coronada de palmeras y bañada de verdes, cuyo perímetro rodeaban los raíles de los tranvías, que ante sus ojos parecían serpientes mecánicas que reptaban enganchadas de

unos cables de altura imposible. Luego se fijó en la gente trajeada y con sombrero, que cruzaba la calle sin mirar, a punto de ser embestida por los carruajes de caballos, y finalmente en los comercios. Floristerías, negocios de sombreros, talleres de sastrería y mimbre, tabernas y decenas de carteles publicitarios donde se podían ver anuncios de cerveza Cayol o de anís Los Ríos, que tenía buena fama entre los agricultores de la ciudad y los obreros más agueridos. Sin duda, aquella ciudad distaba mucho de la que un día dejó atrás cuando era niño, lo que le hizo pensar en que el mundo estaba a punto de cambiar y él, por poco, a punto de perderselo. Al observar el ansia en los ojos de su amigo, Ramón, que estaba más que acostumbrado al ruido de los tranvías y las prisas de los señoritos trajeados, lo llamó a la calma pero le alentó a que se diese prisa, pues las nubes ya habían teñido todo de gris. En pocos segundos la amenaza de lluvia se transformó en una violenta tromba de agua que los obligó a apretar el paso para llegar a casa.

Ramón vivía junto a María en un humilde piso de alquiler cerca de las Torres de Quart, no muy lejos del río. Se trataba de una tercera planta donde los techos, altos y apuntalados por vigas de madera, parecían inalcanzables, y donde los muebles de segunda mano, colmados por manteles de punto, evidenciaban la humildad de aquel matrimonio. Con todo, era mucho más de lo que lo que la clase obrera se podía permitir por aquel entonces.

Los dos amigos llegaron empapados por el diluvio. La bolsa de cuero de Miguel había salvaguardado los libros sin problema, pero su ropa, que era prácticamente lo único de valor que llevaba consigo, rebotaba tanta agua que

podía escurrirse como si se tratase de un simple trapo de cocina. Nada más llegar, María salió al rellano y les tendió una toalla. Antes siquiera de que Miguel le pusiese cara, les ordenó que se secasen en el recibidor para no dejar perdido el suelo de casa. Luego, volvió al interior sin mediar palabra.

Tras quitarse la ropa, se quedaron en camiseta de tirantes y, todavía con el pelo húmedo, se sentaron en los dos sillones que regentaban el salón, cuya puerta principal conectaba directamente con la cocina. Para continuar poniéndose al día, Ramón abrió la mejor botella de vino que encontró.

—No imaginas lo mucho que esto significa para mí —confesó Miguel, a quien todavía le costaba reconocer el duelo que estaba atravesando.

—¿Qué iba a hacer si no? Para mí eres como un hermano. —Al escuchar aquellas palabras, no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Si te soy sincero, jamás pensé que volvería. Y menos para trabajar en la estación. —Dio el primer trago tras un sonoro brindis.

—La vida es así, Miguel. A veces nos da cada sorpresa...

—Más que sorpresas, disgustos, Ramón.

—Ya lo sé. Ha tenido que ser horrible.

—Ha sido largo, que es peor. —Luego se hizo un silencio que el propio Miguel tardó en romper—. Ahora tengo que pensar en mí. Y en vivir, claro.

—O en sobrevivir. Aquí nos conformamos con eso, ¿verdad, María? Que como está el mundo y con tanta huelga, el día menos pensado nos cierran la obra y a ver qué hacemos.

Desde la cocina, María levantó la cabeza unos segundos y respondió con una sonrisa de compromiso. Su aspecto quedaba lejos de la descripción que Ramón había hecho de ella. Las palabras de su amigo, torpes y rudimentarias, no hacían justicia a cómo era en realidad. Lo supo enseguida porque en sus ojos verdes creyó ver un profundo vacío. Miguel no tuvo tiempo para discernir a qué le recordaba, pero la realidad era que se trataba de la mirada más triste que había visto en mucho tiempo. Una mirada que atravesaba el cuerpo y que servía para humanizar las facciones de una mujer cuyos rasgos le evocaron emociones de las que solo había oído hablar en los libros.

Cuando sus ojos se cruzaron fugazmente con los de Miguel, este agachó la cabeza, avergonzado. Solo entonces sintió que se había excedido.

—Espero que conserves ese apetito —sentenció Ramón con una sonrisa—. Hemos preparado una buena.

La cena de María era mucho más copiosa de lo que Miguel habría podido imaginar. Al observar la mesa llena, se sintió culpable de que la pareja hubiese gastado más dinero del que se podía permitir en darle una bienvenida que no había escatimado en gastos. Sin embargo, todo estaba delicioso y su sabor distaba mucho de los platos asépticos que solía cocinarse él solo.

—Es increíble lo bien que quedan estas sardinas. Son de un puesto de por aquí, en el mercado, cerca de donde tienes la pensión.

Miguel asintió, todavía con un pedazo de patata asada en la boca.

—Está todo delicioso. De verdad —dijo tratando de mostrarse agradecido. María, sin apenas mirarlo, le sirvió más vino.

—Gracias.

—¿Quieres más? —preguntó Ramón señalando las copas—. Tengo un par de botellas ahí dentro; no son gran cosa, pero...

—No, gracias. ¡Estoy servido!

Los tres cenaron sin prisa, saboreando cada bocado como si fuese el último. Mientras, el agua caía a mares fuera de la casa, rezumando de las alcantarillas y llenando las calles sin asfaltar de ramas y barro.

Ramón no dejó de bombardearlo con decenas de preguntas, lo que le recordó lo servicial y apasionado que era su amigo como huésped, algo que lo había caracterizado desde que tenía uso de razón: este sacaba la mejor versión de sí mismo cuando los demás estaban delante. Era como si su verdadera esencia o su auténtico rostro aflorase tan solo ante la presencia de los demás. Casi todo lo contrario a él, que se volvía pequeño en compañía de los otros. Tal vez por eso eran uña y carne en el colegio: cuando uno no encontraba las palabras exactas para jugar con los demás, allí estaba el otro para hacerle hueco. Y cuando Ramón no conseguía hacer rabiar a las vecinas del barrio, que a aquellas edades era su torpe forma de cautivarlas, ahí se encontraba él para enseñarle a su amigo los métodos que leía en las novelas de caballería.

—Pues yo creo que vas a estar a gusto. Son todos algo cabezones, ya lo verás. Pero, eso sí, muy buena gente —explicó después de contarle mil batallitas sobre sus peculia-

res compañeros de trabajo—. Y si tienes suerte no te tocará arriba del todo, en la bóveda. Que eso es un peligro.

Miguel, que había trabajado poco y siempre en lugares que requerían de más maña que fuerza, no pudo evitar dudar de sus capacidades. Le aliviaba en todo caso que su amigo, que nunca había brillado por ser un ejemplo de excelencia, fuese ya uno de los principales pilares en la construcción, pese a llevar tan solo cuatro años trabajando allí.

—Como parte del sindicato, lo que sí tengo que pedirte es un favor —explicó Ramón sirviéndose otra copa.

—Claro —respondió casi por compromiso.

Ramón se le quedó mirando fijamente sin apenas mutar la expresión. María, como si supiese que la conversación no iba con ella o que le convenía mantenerse al margen, comenzó a recoger la mesa en silencio. Era la señal de que la cena había terminado.

—Es importante que seas discreto. Las contrataciones externas a la empresa llevan años siendo... complicadas. Si alguien se entera de que he sido yo quien te ha metido a dedo, ambos nos buscaremos un problema. Y, tal y como están las cosas, eso es lo último que nos interesa.

Como la petición no le pareció descabellada, asintió en silencio, sellando aquel pacto que sería el primero de muchos.

—Si te preguntan, puedes decir que ya nos conocíamos. Algo se imaginarán, claro. Pero nunca lo reconozcas, ¿de acuerdo? Ni yo ni el sindicato hemos tenido nada que ver en tu contratación —sentenció estirando las palabras en su boca.

—¿Y cómo entraste tú? —susurró Miguel.

—¡A ti te lo voy a decir, que seguro que lo largas!

Se miraron unos segundos sin decir nada y de pronto Ramón estalló en una carcajada. Miguel se sumó al instante y ninguno pudo parar de reír hasta pasado un buen rato.

—¡Por tenerte de nuevo en casa! —gritó Ramón alzando la copa.

Aquella noche hablaron de muchas cosas más, como la Gran Guerra, que inevitablemente estaba en boca de todos, la reciente huelga de ferroviarios, donde el pobre Ramón había conseguido un ligero aumento de sueldo que les permitió cambiar los marcos de las ventanas, que estaban ya agrietados y carcomidos por el sol, o el mandato de los liberales, que, si bien habían ganado las elecciones en contra de lo esperado por la mayoría, estaban en el punto de mira por las revueltas que su legislatura había despertado en las calles.

Tras un par de horas de conversación, en la que Ramón llevó la voz cantante, Miguel volvió a sentirse en casa y a tener la certeza de que junto a su amigo, la única persona que le quedaba en el mundo, no le faltaría de nada. De que junto a él, que le había conseguido un trabajo digno y la oportunidad de empezar de cero en aquella estación vanguardista —símbolo de todo lo que iba a cambiar en el mundo y estaba todavía por hacerse—, las cosas volverían a la normalidad y su vida volvería a ser como en aquellos días de su infancia en los que se tenían el uno al otro, y con eso bastaba para irse a la cama con una sonrisa.

Su plan estaba claro. Trabajaría sin descanso hasta reunir el dinero suficiente para seguir estudiando y cumplir así el sueño que se había prometido: sería profesor de Lengua y le contagiaría su pasión por las letras a todos los estudiantes que pudiese, tal y como los libros de su padre habían conseguido contagiarle a él. Por conformista que eso pudiese sonar en boca de los demás, para Miguel aquella idea lo significaba todo. O, al menos, así fue al principio.